La

Fuerza del amor

el Salvador

7

LA FUERZA DEL AMOR

Boceto de comedia en prosa, en un acto y tres cuadros, original de

JOSÉ SALVADOR Y RAMÓN

ERSONAJES: Heliodoro, 45 años; Pedro, 20 años; Ordenanza; Mariana, 40 años, y Manolita, 22 años.

Acto único

CUADRO 1.º

lanta baja. Interior de casa pobre. Puerta centro foro y otra en primer término izquierda. Una cómoda en la izquierda. Una mesa con papeles y libros en la derecha. En el vértice fondo del mismo lado, una chimenea con fuego. Entiéndase derecha e izquierda del actor. *(Esta decoración sirve para los tres cuadros.)*

ESCENA I

Heliodoro, (apoyando la frente en su mano derecha)

Dramas, zarzuelas, comedias, juguetes, obras que habéis contribuído a encaecer mi cabeza; cuánto fósforo gastado, cuánto jugo cerebral. Hijas todas de i alma y corazón, pues con pasión os escribí en las largas veladas de invier), en cada una de vosotras puse todas mis esperanzas, todas mis ilusiones; aso sois abortos de mi inteligencia desacordada con el espíritu del tiempo; l vez por falta de recomendaciones. Si tendrá razón mi esposa al decirme ıe estoy fuera de la realidad, que el tiempo pasa y la miseria se introduce en ıestro hogar sin darme cuenta... ¿He de maldecir esta generación de hijos telectuales?... En las afueras de la capital siento mayor vacío; la miseria nos ı ido empujando hacia aquí... Queridas obras, vosotras sois la causa de mi ıína; pero os quiero tanto... En aquel cuartito, por no tener medios suficiens para llevar a mi hijita Luisa a otros terrenos, a otros aires, se está murien) de la tos ferina; ¿cuál de vosotras se levantará diciendo: tómame y llévame tal o cual teatro que yo seré del agrado de la empresa?... No me respondéis; néis razón; en mi corazón estáis todas juntitas. Si tuviera preferencia podría uivocarme. Para los extraños podréis ser un objeto de precio, para mí no néis valor, porque estáis amasadas con el jugo de mi cerebro transformado ı espíritu y sois sér de mi sér, vida de mi vida.

ESCENA II

Heliodoro y *Mariana.*

MARIANA (prim. tér. dirigiéndose a la cómoda para coger un pañuelo,)

¡Heliodoro!... (Contrariada)

HELIODORO, levantándose.

¿Qué pasa?

MARIANA

A tí, nada; a mí, se está muriendo mi hijita.

HELIODORO

Mariana, me ofendes. ¿Qué quieres que yo haga? El médico no tardará e venir; confiemos en él.

MARIANA

Podemos confiar; podemos esperar. Así han pasado tantos años, esperando. Ese montón de papeles te demostrarán el tiempo perdido.

HELIODORO, enojado

Mira lo que dices, Mariana.

MARIANA

Ya sé que te molesto. Cuando hablo de ese asunto, te enfureces; pero m hijita se está muriendo, por causa de tu locura.

HELIODORO

Me enfurezco, porque es una injusticia. ¿Qué culpa tengo yo de tener est afición, este ideal que absorbe la mayor parte de mi vida? Podrías recriminar me si fuera un vicioso.

MARIANA

La realidad es que empleas tu inteligencia luchando por un ideal sin conse guir nada. Si tus obras valieran como tú crees, ya te las hubieran estrenado. Los amigos te engañan, porque nada pierden con halagarte.

HELIODORO

Mis amigos, dices; si los tengo son muy pocos. Me he ocupado más de la obras que de las amistades.

MARIANA

Ya sé que mis consejos sirven de poco. Soy una ignorante... Prefieres qu sucumbamos, sucumbiremos. Pero al menos si mi hijita muere que me vaya y detrás de ella... ¡Ah, si yo hubiera sabido!...

HELIODORO

¿Qué?

MARIANA

Nada.

HELIODORO

Dí lo que querías decirme.

MARIANA

Yo estaba bien en casa de mis padres.

HELIODORO

¿No te hubieras casado conmigo?

MARIANA

Puesto que amas más a tus obras...

HELIODORO

¡Oh, Mariana! No me digas eso, que mi cerebro se obscurece. Tu hijo espe- ı como yo en mis obras. Ten un poco de paciencia, ya que has esperado tan-)s años.

MARIANA

Sí; espera que tu hija muera; que muera yo también. (Váse llorando, izq.)

Escena III

Heliodoro

Por fin, sucumbo, sucumbo. No puedo soportar los cargos que me hace. He aido o ella mi existencia con todo el afecto que puede sentir el corazón más nante. No tiene ella la culpa si no siente ni comprende el arte. Ella es la rea- lad presente y no puede soñar en la futura; en esa realidad qne entrevemos s soñadores. El presente es la miseria; la pérdida de mi más caro amor. ¡Oh ariana, yo reconquistaré tu amor que es más dulce que la vida! (Coge las obras las arroja a la chimenea que aumenta a poco la intensidad del fuego, Mirando a la chimenea.))h realidad del presente, disipa las ideas de mi loca fantasía! Quiero vivir ı el mundo de los inconscientes, y en cambio, devuélveme el amor perdido, ı tranquilidad de mi hogar. (Aparta la vista del fuego cuando se oye un grito de su es-)sa. Yendo hacia el primer térm.) ¡Oh! ¡Mi hija ha muerto! (Vase)

Escena IV

Pedro. A poco *Heliodoro* y *Mariana*.

PEDRO

(Foro) No hay nadie. ¿Qué es este resplandor? ¡Oh, las obras de padre ar- endo! (Se precipita a salvarlas) «La fuerza del amor» intacta. (Recapacitando) Eso ebe ser... Madre le habrá reñido. ¿Qué habrá ocurrido? (Yendo hacia el pri. tér. y condiendo en su pecho la obra) ¡Padre! ¡Madre!

MARIANA, se apoya en Pedro y llorando.

¡Hijo mío!

PEDRO

¿Qué pasa?

MARIANA

¡Luisita!...

PEDRO

¿Ha muerto?

MARIANA

¡Sí!...

HELIODORO, enjugándose los ojos.

¡Pobre Luisita, es tarde! (Fijándose en la chimenea) ¡También para vosotras, hi- s de mi espíritu!

MARIANA

¿Qué habéis echado en el fuego?

PEDRO

Las obras de padre, que están ardiendo.

MARIANA

¡Oh, Heliodoro! ¿Qué has hecho con tus obras?

HELIODORO

¡Tu obra!...

MARIANA

Hablaba en mí el dolor de una madre.

HELIODORO

Y en mí la conciencia del esposo.

(*Telón rápido*)

CUADRO 2.º

(La misma decoración que la anterior, sólo que la mesa escritorio sirve para comer)

Escena I

Mariana, preparando la mesa para comer. Luego *Heliodoro*, viste de albañ

MARIANA

¡Qué vacío más grande! Sola, entre estas paredes que me rodean, sin ning na esperanza de mejora; sin un objetivo ideal. Sin embargo, Heliodoro traba Pedro también. Comemos, vivimos. Qué monótono estar. Cuando vivía mi h jita Luisa, tenía ansias, tenía deseos, todos mis anhelos a ella consagrad hoy necesita mi mente ocuparse en algo. Hay otro mundo, seguramente, que desconozco y no puedo entrar en él. ¡Sol de mi alegría que siempre he vis eclipsado!..

HELIODORO

Alégrate, Mariana, el maestro me ha aumentado el sueldo. Soy ayudante un buen oficial que me aprecia mucho. (Se sienta a la mesa.)

MARIANA

Siempre vas de prisa.

HELIODORO

No dá más de sí la hora que me dan para comer.

MARIANA

¿Quiéres lavarte las manos?

HELIODORO

Ya me las lavé en la obra, solo que he amasado yeso y, al secarse, se pon blancas otra vez.

MARIANA

Tú no has nacido para trabajos tan rudos. Me da pena verte con la cara y manos llenas de yeso.

HELIODORO

Pues mira lo que son las cosas... Ahora es cuando estoy en carácter. Ya se han acostumbrado a mí y no me llaman el señorito. Ya voy diciendo como ellos algunas palabras groseras. Y si no tengo amigos es porque no puedo acostumbrarme al ambiente de la taberna. En medio de todo la vida de los inconscientes no es tan mala como parece. El animal que trabaja, se nutre y vive sano, recibe las sensaciones del mundo físico y no sabe, no conoce el valor de otros mundos superiores, más exquisitos, que disfrutan otros séres privilegiados. Materia orgánica viviente cumpliendo pasible la ley de la transformación de los cuerpos.

MARIANA

Vaya, Heliodoro, me dices cosas que no entiendo.

HELIODORO

Me olvido de que soy albañil y...

MARIANA

Hay gran diferencia entre los dos espiritualmente, Heliodoro.

HELIODORO

Ya ves que procuro acercarme.

MARIANA

Es un sacrificio que haces. Procuras bajar cuando no puedo subir.

HELIODORO

No te ocupes en esos pensamientos, Mariana. Lo que debes hacer es alegrarte de que me hayan subido el jornal y de que tengamos todos salud.

ESCENA II

Los mismos y *Pedro*.

PEDRO, foro, a su padre.

Hoy ha llegado usted antes.

HELIODORO

Anda, siéntate a comer.

PEDRO, yendo hacia la chimenea.

Deje que me caliente un poco las manos. A propósito, padre, ¿recuerda usted a Manolita, aquella actriz vecina nuestra?

HELIODORO

¿Está en Madrid?

PEDRO, sentándose.

Debuta en «Novedades». Ahora sería ocasión para estrenar. Es primera actriz.

HELI. pensativo.

¡Oh!...

MARIANA, imponiendo silencio lleva un dedo a su boca.

¡Pedro!...

PEDRO

Vaya, madre, se puede trabajar y tener aficiones.

HELI.

Tienes razón, hijo; pero no me hables de esas cosas que harto me han he cho perder el tiempo. Por mi parte pienso no escribir más. He vaciado pc completo mi cerebro.

PEDRO

Hace usted mal, padre.

HELI. por Mariana

¿Verdad que no hago mal?

MARIANA

Yo no digo que a ratos perdidos te ocuparas en tu afición; pero no debe tomarlo como medio de vida. Ya ves, ahora comemos regularmente, y no no atormentan ni el casero ni los acreedores.

HELI.

Eso es: vida de paz, vida prosaica. Después de todo lo que importa es vivi con desahogo y no atormentarnos por pequeñas cosas. Esa es la vida, hij mío.

PEDRO

Y los ideales que nos animan y dan esperanza, que los parta un rayo. Yo n estoy conforme con ello Tengo mis ideales.

HELI.

También los tenía yo cuando joven; pero ya las canas pintan brutalmente e mi cabeza, y las ilusiones que nacieron con mi juventud, con ella murieron y Procura, si te casas, que tu esposa esté al nivel de tu inteligencia y presidirá e acierto en tus deseos. El ideal es siempre optimista, y si por desgracia fuera artista en cualquiera de las artes, y tu esposa no tuviera tus gustos, serías infe liz; porque si entre amigos y conocidos fiaras ingenuamente los coloquios d tu sentir, te parecerías al imbécil que se expone a las sátiras de los demás. E el seno del hogar se consolidan las reputaciones cuando se tiene la fortuna d poseer una compañera que, teniendo las mismas afinidades de espíritu, no sa be ocultar la expresión fiel del pensar y del sentir.

MARIANA, aparte.

(¿Lo dirá por mí que no puedo comprenderle?)

HELI.

Sí, procura que tu esposa tenga los mismos ideales, idénticas ambicione porque de otro modo destruirías el ideal del amor que sobre todos los demá ideales debe presidir la vida del hombre, por residir en él la mayor felicida De otro modo la culpa no sería de tu esposa, ni tuya tampoco; como no l

ene el ciego cuando tropieza; pero sufriríais los dos las consecuencias. Por so os digo: ne me habléis de comedias, ni siquiera pronunciéis delante de mí l nombre de teatro, porque me hacéis rememorar la pérdida de varios hijos. se levanta.)

MARIANA

¿Me lo reprochas?

HELI.

No, mujer, no. Los destruí en sacrificio de tu amor y en aras del mismo prouro olvidarlos. Siempre por tu amor volviera a hacer lo mismo. Triunfa el mor, triunfa la vida. (Mirando su reloj) La hora nos llama al trabajo. El trabajo ace olvidar nuestras penas y distrae nuestras mortales ansias. Si momentáeamente resta energías al cuerpo, las reserva al espíritu, y las ideas del penar se trocan en ansias de vivir. Andemos sobre la tierra arrastrándonos si ueremos aprovecharnos de ella. Abstraernos en nubulosos pensamientos es uerer vivir otra vida. No se puede prescindir de la materia, aseguremos su xistencia y podremor vivir la vida del espíritu; de esa vida que puede darnos nayores goces; porque ilusiones, ideas, esperanzas, son sueños que perduran nás allá de nuestra tumba. Vámonos, hijo, vámonos, que haremos tarde. El rabajo termina a las cinco, a las cinco y cuarto estoy aquí, a tu lado, Mariana, astante tiempo consagré a mis ideales de gloria y de ilusiones inútilmente. Ahora sólo quiero consagrarlo a tu amor.

MARIANA

¡Heliodoro!...

(Vanse Pedro y Heliodoro, después de dar éste un abrazo a su esposa.)

ESCENA III

Mariana, (quitando la mesa.)

¡Qué cosas más grandes dice! ¡Qué sublimes conceptos que no entiendo! Debe haber algo más en la vida oculto a mis sentidos. Percibo un no sé qué, ue es algo, pero no me lo explico. Le oigo hablar y le contemplo embobada. u espíritu no está en consonancia con la vida que a mi lado lleva. Le arrastro hacia mí cuando yo debiera arrastrarme hacia él. Este cotidiano traginar, monótono, siempre igual, metódico, como él dice, tiene un círculo tan limitalo que hace la vida odiosa. ¿Qué será esto? Le quiero, me quiere; comemos, ivimos; pero quiero adivinar algo y mi pensamiento obtuso no avanza un paso. ¡Ah si él abriera las puertas de ese mundo ideal a mi espíritu ofuscado!... Maté sus ilusiones, aniquilé sus esperanzas...

ESCENA IV

Mariana y *Manolita.*

MANOLITA

¡Señora Mariana!

MARI.

¡Uy, Manolita!

MANOLITA, besando a Mariana.

¿Cómo están ustedes?

MARIANA, enjugándose una lágrima.

¡Ay, Manolita! Se nos ha muerto la niña...

MANOLITA

¿¡Luisita!? Tan mona como era. Les doy mi pésame.

MARIANA

¿Dónde has estado?

MANOLITA

En América.

MARIANA

¿Habrás viajado mucho?

MANOLITA

Ya lo creo.

MARIANA

Pero siéntate. Aquí, cerca del fuego.

MANOLITA

Al fuego no, que luego me suelen salir sabañones. (Se sienta apartada del fuego Apropósito, si ustedes han leído los periódicos, ya sabrán que estoy de primera actriz en el teatro de Novedades.

MARIANA

Te felicito. Lo hemos sabido por Pedro que nos ha enterado.

MANOLITA

No dirán ustedes que les olvido. Se ha presentado la ocasión para poderl estrenar una obrita a su esposo.

MARIANA

¡Dios mío! (Desmayándose)

MANOLITA, sacando de su bolsillo un frasquito diminuto que aplica a la nariz de Mariana

¡Se ha desvanecido!...

MARIANA, volviendo en sí.

¡Gracias! Me ha pasado.

MANOLITA

Quizá el gas del fuego... Pues sí, señora, dentro de poco deseo dar en mi beneficio «La Fuerza del Amor» que me leyó su esposo.

MARIANA

¡Ay, Manolita! No puede ser. Heliodoro ha quemado todas sus obras y h renunciado a escribir para el teatro.

MANOLITA

¿Qué me dice usted? ¿Está loco?

MARIANA

¿Loco de qué?

MANOLITA

¡Ah! ¿pero, usted, lo aprueba?

MARIANA

Le perjudicaba, Manolita.

MANOLITA

No comprendo...

MARIANA

Voy a hablarte con franqueza. Nosotros no éramos felices. La miseria ya ra muy grande en nuestra casa; los empresarios no aceptaban las obras de ii esposo y había que tomar una determinación; pues con el jornal de mi hijo 'edro no podíamos vivir. Pedro no decía nada a su padre; pero yo no dejaba e comprender que no osaba reprochárselo. Le dije a Heliodoro algunas palaras sobre ello al ver con dolor que se estaba muriendo mi hijita; y no sé como omaría mis palabras que, al morir Luisita, arrojó todas sus obras al fuego; y uando me dí cuenta del mal que yo acababa de hacer, era tarde.

MANOLITA

El trabajo de un autor dramático es superior a los otros trabajos literarios, or eso cuesta mucho, y las obras buenas tienen gran valor.

MARIANA

Pero si no se las aceptaban...

MANOLITA

No las aceptan a veces por ser malas, sino que a los empesarios no les coniene por varias causas contraproducentes en su negocio.

MARIANA

Lo cierto es, Manolita, que ahora comemos regular, pagamos religiosamen- al casero y no tenemos trampas.

MANOLITA

No comprendo que para conseguir eso hayan tenido que destruir la labor e muchos años.

MARIANA

Ahora lo comprendo. Pero tambien es verdad que Heliodoro ha cambiado otalmente. Antes entraba en casa y, sin decirme una palabra, se ponía a esribir. Luego, durante la comida, siempre abstraído en sus pensamientos... A eces me dirigía la palabra y me contestaba cosas incoherentes, casi por comromiso. Puedes creer, Manolita, que la vida me era insoportable. En cambio, hora, siempre tiene los ojos puestos en mí. Me atiende en todo, hasta me mia. Si antes la vida adusta me atormentaba, ahora sus mimos y agasajos y paibras dulces me atormentan, sintiendo que le quiero y he destruído sus ilusioes, quizá su porvenir...

MANOLITA

¡Pobre señora! Usted ha obrado inconscientemente. Ni sabe usted lo que e el arte, ni siente sus bellezas, ni siquiera conoce ese mundo ideal del que uste está muy distanciada. ¿Y qué hace su marido?

MARIANA

Trabaja en las obras de construcción.

MANOLITA

¿Se ha hecho contratista?

MARIANA

Es albañil

MANOLITA

¿¡Su marido albañil!? ¡Tiene gracia!

MARIANA

El lo ha querido...

MANOLITA

Están ustedes en un error. Su marido de usted me ha leído obritas que pc dían importar honra y fortuna.

MARIANA

¿Qué dices?

MANOLITA

Lo que siento.

MARIANA

Por Dios, Manolita, no le digas eso a mi marido, que nunca me perdonarí

MANOLITA

Lo lamento, señora Mariana. No hablaré de ello; pero volveré por si acas reflexionan ustedes; digo, mejor será que les deje mis nuevas señas. Saca de un carterita que lleva en el bolsillo una tarjeta y la entrega.) Tome usted.

MARIANA

¡Muchas gracias, Manolita!

MANOLITA

Vea de convencer a su marido. Dígale que su hora ha llegado, que pued recoger el fruto de sus desvelos.

MARIANA

Pero si ha quemado sus obras.

MANOLITA

Que las vuelva a escribir. Couque ¡adios, señora Mariana! Y crea que sient en el alma la pérdida de su hijita. (La besa)

MARIANA

¡Gracias! Que tengas suerte y ganes mucho dinero.

Escena V

Mariana y luego *Ordenanza*

MARIANA

¡Señor! ¡Señor! ¡Qué desgracia! Ahora que se presentaba la ocasión... Y ten- o yo la culpa. He destruído su porvenir. ¿Qué nos espera? Cuando agote, al abo de algunos años, sus fuerzas, ya no podrá trabajar, y la miseria vendrá a sitarnos otra vez, más cruel, más negra, pues faltándole a Heliodoro las fuer- s físicas le dirá: ríndete; no supiste aprovecharte a tiempo y te he vencido. yo moriré de remordimiento. ¿Qué he hecho? ¿Por qué he matado esa inte- gencia cuando aún no había visto su aurora? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Si por nor ha hecho tal sacrificio, yo haré que retorne la luz a su cerebro con la erza de mi amor.

ORDENANZA

¿Vive aquí don Heliodoro Pérez?

MARIANA

Sí, señor; soy su esposa.

ORDENANZA

Pues entréguele esta carta.

MARIANA

¿Espera contestación?

ORDENANZA

No me han dicho nada. Adiós, señora. (Vase)

MARIANA, (después de leer para sí.)

¡Oh! Un empresario le pide «La Fuerza del Amor». Igual que Manolita.

Escena VI

Mariana y *Heliodoro*.

HELIODORO

¿De quién es?

MARIANA

De un conocido. No la leas; rompámosla; te disgustarías.

HELIODORO

Mujer, ¿qué me dices?

MARIANA

Te disgustarías. ¿La rompo?

HELIODORO

Déjame leerla.

MARIANA

¿Desconfías de mí?

HELIODORO

¿Desconfiar de qué?

MARIANA

De mi proceder, queriendo romper la carta.

HELIODORO

Si eso te puede satisfacer, rómpela.

MARIANA (rompiendo la carta a cachitos)

Ya está. Ahora escucha, Heliodoro.

HELIODORO

¿Qué quieres?

MARIANA

Hace días que un pensamiento atormenta mi mente. Perdona si te lo h ocultado. Una sola pregunta.

HELIODORO

Dila, que si puedo responderte lo haré.

MARIANA

¿Tú crees que hay otro mundo a más de este que nos rodea, que sea má grato, más bueno, más ideal?

HELIODORO

¿Tú has pensado en eso?

MARIANA

Sí; lo he pensado; casi lo presiento.

HELIODORO

¡Qué tarde; qué tarde, te has asomado, Mariana, al mundo de la idea! Y quisiera decirte algo de ese mundo que por tu amor he olvidado y no puedo Me faltan las ideas, se obscureció mi cerebro, la noche entró en él. Mis ojo sólo perciben las cosas porque las alumbra la luz del sol que las baña exteriormente. Satisfechas las necesidades del mundo material, no pienso en nad más. Soy un obrero albañil. Háblame de andamios, de cercos, de cornizas, de repisas, de cementos, yesos, cal y yo te diré lo que son; pero no me pregunte de mundos distanciados que no puedo recordar. Heliodoro cayó con tu amo rodando a este mundo material y como planta aclimatada en él vive de su vida. No le despiertes, porque nunca ha sido tan feliz. Se rindió a tu amor, y d tu amor es esclavo. No le distancies de tí, que fuera su desventura.

MARIANA

Heliodoro, por mi amor, perdóname el mal que te he hecho inconscientemente. Enséñame ese mundo ideal que no supe ver ni comprender. Yo destru tus esperanzas, tus ilusiones....

HELIODORO

Calla, calla. ¿Quién te ha dicho eso infeliz? ¿Por qué has intentado conocerlo? ¿Por qué intentas despertarme? Ya no hay fuerza humana en el mundo qu

eda despertar mi cerebro, obscurecido, aniquilado, a jamás ¡ay! impotente.

MARIANA

Sí la hay, sí, Heliodoro.

HELIODORO

¡Cuál? Dila. ¿La conoces?

MARIANA

La misma fuerza que aniquila, puede crear...

HELIODORO

¿También sabes eso?

MARIANA

Lo siento.

HELIODORO

¿Y esa fuerza es?...

MARIANA

«La Fuerza del Amor».

HELIODORO

¡Oh amor, bendito seas! ya que volviendo a alumbrar mi cerebro, lanzas tu *ut lux* sobre nuestras almas para que se entiendan y anden por igual camino.)h, Mariana, tú aniquilaste mi ser espiritual, tú le haces revivir, bendita seas! La abraza mientras cae el telón lentamente),

CMADRO 3.°

Igual decoración. Sobre la mesa papeles y cuartillas.

Escena I

Heliodoro, escribiendo. Luego *Mariana*.

HELIODORO

¡Sublime! ¡Admirable! Mi pobre esposa nunca sospechará que me sirve de odelo para la heroina de mi nuevo drama. Ella me ha hecho sentir lo que ınca había sentido. Ella me ha dado el tema de ese amor inconsciente que mide ni pesa los sacrificios; de ese amor insustancial que sólo se transfor- a al choque de fuerzas superiores que le purifican. Ella me ha visto pequeño ha podido adivinar mi grandeza de espíritu.

MARIANA (por la izquierda)

¿Escribes? ¿Te molesto?

HELIODORO

No, mujer. Y si tienes gusto de saber lo que hago, siéntate y te leeré un pe- ueño parlamento que acabo de escribir. (Mariana se sienta) Habla Pablo estu- iante y novio de Eloisa. Y mira tú cómo son los actuales tiempos para que 'ablo hable a su novia de esta manera: (leyendo) «No te hagas ilusiones, reina.

Es verdad que todos cuantos me conocen me aseguran brillante porvenir; pero soy jóven y carezco de dinero, ambos defectos muy graves para tomar estado antes de tiempo. Y aunque te quiero con toda mi alma es necesario no olvidarnos que tenemos materia que arrastrar y escaso poder para ello. Yo opino que debemos de asegurar el sustento de la materia para poder gozar de ese mundo espiritual que tanto ansiamos.

MARIANA

¿Y ella que le contesta?

HELIODORO

Se resigna, aun cuando no alcance el valor de las palabras dictadas por la experiencia que el joven aprende en lós libros y en el estudio de la vida, cree ella en él y no le contradice.

MARIANA

¿Y si no quisiera ella esperar?

HELI.

Opto para que espere, porque pongo en su amor un poco de reflexión y no confunde la ilusión con la realidad.

MARIANA

¿Por qué no hiciste conmigo como ese joven con su novia?

HELIODORO

No podía ser, Mariana, yo no tenía la experiencia que ahora quiero infundir en séres jóvenes. Después de todo en mi obra puedo pretender aleccionar a la juventud para que escarmiente en cabeza ajena; mi semilla es de época y apenas arraigará fuera de sazón.

MARIANA

Ojalá fructifique en las jóvenes que, con anhelos de contraer matrimonio, se precipitan sin darse cuenta de las consecuencias. Si yo te hubiera comprendido...

HELIODORO

Olvida el pasado, y puesto que el presente lo vives con mi espíritu ten ilusiones y esperanzas como yo y no hallarás vacío en tu mente, que es dulce entretenerla con halagadoras quimeras. Porque desgraciado es aquel que no presintiendo todavía la segur de la muerte se cansa de la vida. Es necesario mantener una ilusión, mantener una esperanza. Voy a terminar esta obra, y sin dejar el trabajo duro del albañil, seguiré soñando.

MARIANA

¿Por qué no vuelves a escribir aquella obrita titulada «La Fuerza del Amor»?

(Se oye silvar a Pedro)

HELI.

Ye está ahí Pedro.

ESCENA II

Los mismos y *Pedro*.

PEDRO

¿Mamá, cenaremos pronto?

MARIANA

Dentro de un ratito. ¿Vas a salir?

PEDRO

A ver un estreno.

MARIANA

Las mismas aficiones que tu padre.

PEDRO

Uno puede trabajar y tener sus aficiones. (Sentándose)

HELI.

Así empecé yo, hijo mio; pero me equivoqué. Si hubiese empleado mi inteligencia en el estudio de una carrera o en los negocios comerciales, yo te aseguro que otro gallo nos cantara.

PEDRO

Usted tenía vocación para escribir teatro y no podía dejar de hacer lo que a hecho, a pesar de los muchos desengaños que ha recibido.

HELIODORO

¡Crear hijos para tener que abandonarlos, en tanto como cuestan! Al menos i hubiera seguido la corriente del gusto de la época, quizá hubiese triunfado. Io tengo remordimiento de haber quemado mis obras; pero si vuelvo a escriir lo haré imitando el estilo y tendencia de aquella por mí escrita y titulada La Fuerza del Amor». ¿No te parece, Mariana, que aquella obra podría gusar hoy en España en la que va entrando el teatro de ideas?

PEDRO

Seguramente.

HELIODORO

Me alegro que tengáis el mismo criterio. Pero la obra hay que volverla a haer. Dejadme terminar ésta y pondré manos en «La Fuerza del Amor».

MARI.

(¡Fué por mi culpa!)

PEDRO

(Madre se ha arrepentido.)

MARI.

Hazla, hazla, Heliodoro, que tu obra se estrenará.

HELIODORO

¿Ahora eres tú la forjadora de ilusiones?

MARI.

No son ilusiones, no, Heliodoro, es la realidad. No debo ocultártelo, porque ne pesa demasiado el remordimiento.

HELIODORO

(¿Qué será?)

MARIANA

Manolita ha venido a vernos. Y de paso a pedirte «La Fuerza del Amc para estrenarla en el día de su beneficio.

HELIODORO

¡Oh!... ¿Y no me lo decías porque se ha quemado la obra? Pero no te hag ilusiones. Manolita puede estrenarme a título de amistad una obra, pero l empresarios...

MARIANA

Tembíén debo decirte que la carta que rompí...

HELI.

¿Qué?...

MARIANA

Era de un empresario que también te pedía «La Fuerza del Amor.»

PEDRO

Alegrémonos, padre.

HELIODORO

Ya vez, todo se ha perdido.

PEDRO

Todo no. Cuando entré y ví el resplandor de las llamas comprendí su saci ficio y me apresuré a salvar sus obras; desgraciadamente sólo pude salvar «I Fuerza del Amor».

HELI.

¡Gracias, hijo, gracias!

MARIANA

¡Pedro, qué alegría me das! Heliodoro, alégrate.

PEDRO

Ahora vamos a llevar la obra al empresario.

(Váse con Pedro por la izq. y vuelve poniéndose la chaqueta y Pedro llevando una obra.)

MARIANA

He descargado mi conciencia. Ya puedo ser feliz. ¡Dios mío, vos devolvé la tranquilidad a mi espíritu!

PEDRO (presentando la obra)

Esta es, madre.

MARIANA

Id pronto. Dios quiera que la obra se estrene.

HELIODORO

No basta que se estrene mi comedia, sino que el público demuestre con s aplauso que es de su agrado.

MARIANA

No pedimos por favor
el aplauso inmerecido,
al no haberlo conseguido
con la Fuerza del Amor. (*Telón*)

FIN


POLIZA N. 16169